



LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA.

Si queremos estudiar la inmensa variedad de cuerpos que nos rodean, nuestro espíritu desfallece abrumado ante esa inmensidad, y nuestra memoria se niega á retenerla. Pero felizmente sabemos suplir con el método la debilidad de nuestras facultades, formando clases, familias, y distribuyendo con orden todos estos seres, que ofrecen un caos impenetrable para toda inteligencia inhábil y perezosa; pero constituyen el objeto de una ciencia regular para el espíritu metódico y laborioso.

Al comparar ciertos seres notamos que se asemejan, los agrupamos juntos y formamos una especie; la reunion de muchas especies constituye un género, la de muchos géneros una familia, y la de muchas familias una clase.

La primera observacion, la más

antigua y la que parece más natural y verdadera, dió por origen la division de los seres en tres grupos, que se llaman los *tres reinos de la naturaleza*. Estamos rodeados de una serie de cuerpos que están privados de vida, que no nacen, que no mueren y que pueden, bajo ciertas influencias, aumentar de volúmen, pudiendo tambien, cuando cesan éstas, quedar eternamente en el mismo estado. Estos cuerpos toman el nombre de minerales y forman el reino *mineral*.

Otros objetos nacen y vegetan; envejecen y mueren. Privados de movimiento, de sensibilidad y de voluntad, tienen, sin embargo, una organizacion muy superior á la de los animales. El frio los impresionan vivamente, marchita su hermosura, y parece como que suspende su vida; el calor los reanima, los desarrolla, los embellece con hojas y flores, y

los enriquece con sabrosos frutos. Hé aquí los vegetales que absorben su alimento de la tierra por medio de sus raíces, y del aire por medio de sus hojas, y que constituyen lo que se llama el reino *vegetal*.

Otros cuerpos, en fin, como los vegetales, tienen una existencia, una vida: nacen, se desarrollan y mueren; tienen la inmensa ventaja de moverse, de gozar de una sensibilidad y de una voluntad de que están privados los vegetales. Hé aquí los animales, tan múltiples, tan varios, que pueblan el aire, la tierra y los mares, y que forman el reino llamado *animal*.

Pero como entre los animales los hay que parecen no tener sensibilidad alguna y que no pueden cambiar de lugar; como el reino animal y el reino vegetal se confunden, al parecer, en algunas especies que tienen entre sí tal parecido que da lugar á la duda de si pertenecen á uno ú otro reino, los naturalistas modernos han renunciado á esta primera division en tres reinos, y no han reconocido más que dos grandes clases, que comprenden, la una los *cuerpos vivos*, la otra los *cuerpos brutos*. En la primera forman los animales y los vegetales; en la segunda los demas cuerpos, los minerales, los líquidos y los gases.

Estas dos clases son diferentes en todo: en la composicion, en la forma, el origen, la manera de crecer, y el fin. Los cuerpos vivos están compuestos de partes diferentes llamadas *órganos*, que tienen cada uno una

funcion particular y necesaria para su vida. Tienen una forma determinada, y siempre la misma en todos los individuos de la misma especie; crecen por medio de la nutricion, que distribuyen los vasos interiores á través de su sér, nacen de otros cuerpos vivientes, semejantes á ellos, y tiene, por último, un término su existencia. Despues de haber recibido todo el crecimiento de que son susceptibles, decaen poco á poco, envejecen y mueren.

Los cuerpos brutos, al contrario, están formados de partes semejantes. Varian de forma, aumentando de volúmen, crecen por la adición de nuevas moléculas que se adhieren en su parte exterior; no tienen un principio determinado, un crecimiento regular; no tienen un término, un límite, un fin preciso y existen mientras una causa exterior no venga á destruirlos.

Estas dos grandes partes de la naturaleza, la una orgánica, la otra inorgánica, se ha subdividido despues en tantas clases como han exigido las numerosas diferencias que se han notado. Desde el principio en el mundo viviente ú organizado se reconocen dos clases muy diferentes: los vegetales y los animales. Pero aunque estas dos clases llegan á confundirse en algunos individuos que parecen pertenecer á una y á otra, sin embargo, casi todos los animales se diferencian tan considerablemente de los vegetales, que se echa algo de ménos la antigua division en tres reinos. En efecto, el animal ménos

favorecido de los que viven entre nosotros, tiene una naturaleza muy superior al más grandioso vegetal; porque siente, quiere y tiene medios de moverse para satisfacer sus sensaciones, sus necesidades, su voluntad.

Y en el reino animal mismo hay también un sér tan superior á todos los otros, que constituye por sí solo una clase aparte. Este sér privilegiado es el hombre. No debe su superioridad á sus ventajas físicas, puesto que no tiene ni la fuerza del elefante ni del leon, ni la agilidad de la gamuza que escala los montes escarpados, ni la flexibilidad de la serpiente que se arrastra, sin ser apercebida, por la hierba. No puede, como el pájaro, hendir los aires, ni, como el pescado, penetrar en las aguas de los mares; más que los otros animales está sujeto en su infancia á los peligros, su cuerpo débil y desnudo está expuesto á todos los ataques de enemigos numerosos y terribles, así como á las intemperies de las estaciones. Apénas nacido, perecería si se le abandonase á sí mismo, y cuando ha llegado á desarrollar toda su fuerza física, perecería también, porque la naturaleza ha dejado su cuerpo desarmado.

Pero si la debilidad material le coloca en uno de los últimos rangos, su fuerza intelectual y moral le eleva y le hace tan superior, que no puede admitir comparacion con ninguna otra especie. Las domina á todas, reina y somete la naturaleza entera á su voluntad; doma á los ani-

nales poderosos para servirse de su fuerza; persigue y destruye las especies que le son dañosas; protege y multiplica las que le son útiles; cambia una tierra salvaje, la embellece, la forma á su antojo, la vuelve más fecunda, la hace producir esos frutos deliciosos que ántes de cultivarla no ofrecian para sus necesidades más que un alimento áspero ó desabrido; sabe aprovecharse de la fuerza del aire en movimiento; afronta los furros del mar que recorre en todos sentidos; se aprovecha del fuego convirtiéndole en uno de sus principales agentes. Nada se resiste á su poder, nada se opone á sus deseos, y las riquezas más variadas nacen bajo su mano laboriosa, producidas por su industria, por su genio. Todos estos bienes los debe á los nobles atributos que ha recibido de Dios. Solo él, sobre la tierra, posee una inteligencia que puede esclarecerse siempre, una razon que dirige y asegura los esfuerzos de esta inteligencia, una alma, en fin, capaz de apreciar su superioridad, y que pudiendo conocer y amar al Creador, le hace la criatura más perfecta. Pero es preciso que no la degrade por sí mismo, es preciso que haga siempre buen uso de este poder intelectual y moral. Esto depende de su voluntad, pues es libre de elegir entre el bien y el mal. Debe emplear toda su vida en hacer una dichosa eleccion, que le proporcione la tranquilidad sobre esta tierra y la dicha en la otra vida. En su infancia, sobre todo, debe procurar esclarecer su razon, que es su

fuerza, depurar su corazón que le proporciona los verdaderos placeres del hombre de bien. Entónces es cuando experimenta honrados sentimientos, y cuando concibe un vivo

amor hácia la virtud y un piadoso reconocimiento hácia Dios, por los beneficios de que le ha colmado.

TH. LEBRUN.

EL PUENTE.

—¿Es cierto, madre, que en el alto cielo
Tiene su trono Dios?
—Sí, hija mia, su alfombra son las nubes,
Las estrellas y el sol.
—¿Quién, estando tan alto, madre mia,
Hasta Él podrá llegar?
—Tú, amor mio, algun día, si eres pura,
Sus plantas besarás.

—¿Cómo el inmenso mar de los espacios
Cruzar, madre, podré,
Si no hay de un puente la insegura tabla
Donde posar el pié?
—A los que tienen fe seguro puente
Tiene marcado Dios.
—¿Y cuál es ese puente, madre mia?
—Se llama la *Oracion*.

A. RODRIGUEZ DE CHAVES.



BENEFICIO DEL TRABAJO.

LA BUENA HIJA.

En un dilatado y solitario campo, entre praderas que asemejan un mar de verdura, se distingue un punto blanco, como si fuera una paloma: es la casa rústica del labrador Francisco, hombre muy cristiano, sencillo y laborioso. Vivía tranquilo y contento con su esposa María, una niña llamada Antonia, de once años de edad, y otro hijo nombrado José, de veinte y uno. Esta pobre familia á fuerza de trabajo y de economía se alimentaba, vestía y pasaba el tiempo con salud, alegría y paz inalterable. Apénas la aurora con su blanquecina luz dibujaba los montes y las arboledas, todos los habitantes de este cortijo elevaban á Dios sus acentos de gratitud, en que les acompañaban el gallo con su canto, la gallina con su cacareo, los pollitos con sus dulces piadas, y el perro con su regocijado ladrido. A poco el buen Francisco sale con la yunta para labrar la tierra, José marcha á la dehesa con las ovejas, la cuidadosa María se ocupa en arreglar la casa y luégo la comida para cuando vuelvan del trabajo, y la niña Antonia, ligera como una corza, dócil como una tórtola y hábil como una araña, le ayuda en todo: barre la casa y la puerta, limpiando muy bien dos largos poyos que tiene á los lados, y donde pasan ratos

de solaz los individuos de la familia: lava la ropa, friega los platos, todo lo tiene en su lugar, todo respira aseo y salud, y luégo pasa el lleno del dia remendando la ropa al compas de inocentes y graciosos cantares, al lado de su madre querida. Llega la tarde y salen á dar un paseo. En tanto que la previsora madre se distrae en arreglar un huertecito de hortaliza, la niña lleva comida á las palomas que vuelan á su alrededor, acariciándola con sus alitas, cuida de una alondra que su hermano le regaló, y coge hierba para una ovejilla que se quedó coja en el establo. El sol se oculta entre vaporosas nubes de oro, besando con sus últimos rayos la suave y blonda cabellera de la niña Antonia. A lo léjos se oyen los ladridos de los perros, el Leal y el Valiente, que anuncian el regreso del labrador y su hijo. Corre la juguetona niña á su encuentro y se cuelga al cuello de su padre, á quien limpia el sudor con su mandilito, y luégo abraza á su hermano, que ora le trae manzanas, ora un ramo de olorosas violetas silvestres. Llegan á casa, la madre tiene preparada la humilde y limpia mesa. Comen con apetito, cuentan lo que les ha pasado en el dia, bendicen á Dios, esperan en él, y se entregan

al descanso, alcanzando un sueño reparador y venturoso. Corrian para ellos dias tan apcibles, cuando una infausta noticia vertió la amargura en esta estimada familia.—Era una tarde ardiente de Agosto, y se hallaban á la sombra de una pomposa encina. El activo Francisco arreglaba los arreos de una yunta de labor; José trazaba, con las pieles de unas ovejas, una zamarra; María hacía media, y Antonia punteaba una camisa de su hermano. Contábales el padre las fiestas que habia visto en su mocedad, y estaba ofreciendo que del producto del trigo compraria á su esposa unos zapatos, á la jovial Antonia un pañuelo encarnado, y á José un chaleco de pana azul, cuando se presenta un alguacil vestido de negro, que le interrumpió diciéndole: «Francisco, tu hijo es soldado, le cupo el número nueve en el sorteo, y vengo de órden de la autoridad para que se presente mañana en el Ayuntamiento; que lleve la ropa y vaya dispuesto, pues sin dilacion van al ejército.» La sangre de aquellos seres bienaventurados quedó paralizada. Francisco cruzó las manos, y elevó la vista al cielo con el más profundo dolor; María lanzó un grito, hijo de su corazon, y cayó desmayada, mientras que José y Antonia llorando la sostenian cubriéndola de besos. «¡Ay! exclamaba Francisco, es mi único apoyo y consuelo; él me ayudaba á ganar el sustento; era el sosten de mi casa; yo no puedo estar sin mi hijo; la pena me ahoga! ¡Dios mio!—Todo

tiene remedio, dijo el alguacil, da cuatro mil reales y le libras del servicio de las armas.—¡Ah! eso no valen mi yunta y mi poco ganado. Los venderé aunque me quede á pedir limosna con mi hijo; con mi hijo, no nos faltará el pan.—No, padre mio, no... ¿cómo habeis de cultivar la poquita tierra que tenemos si vendeis la yunta? Ya estais viejo de tanto trabajar. ¡Y mi pobre madre y mi hermanita entónces! No, padre mio, no: yo volveré bueno del servicio, yo ahorraré de mi racion para... para... y el llanto le impedía proseguir.—«¡Cuatro mil reales y no se va mi hermano! dice para sí la niña. ¡Vírgen mia! yo voy á salvarle, sí, sí, me lo dice una cosa que siento en el pecho. La señora Marquesa... me quiere mucho... el fruto de mi trabajo ¡qué placer!» Despues de estas frases, Antonia desapareció corriendo como un cervatillo. Dos horas mortales de silencio habian pasado cuando Antonia, radiante de alegría, abrazando arrebatadamente á sus padres y hermano, mostrando un bolso que en la mano traia, repetia enajenada: «Ya no se llevarán á mi hermanito... conso laos... tengo yo los cuatro mil reales... bendito sea Dios...» Asombrados oyen á la niña; y el padre, tan celoso de su honra, le dijo con voz enojada: «¿De dónde has sacado ese dinero? ¿Qué has hecho infeliz criatura? Ojalá te hubieras muerto ántes de cometer una mala accion... Vamos á llevar á su dueño ese dinero... vamos!... — Es nuestro, querido padre; yo he ganado parte de él, y la señora Mar-

quesa de la Vid me ha dado hasta el completo de la suma... Es nuestro, sí, decía Antonia con toda la celestial elocuencia de su hermoso corazón. — ¡Imposible, hija perversa! — Es suyo, contestó con dulcísimo acento, y apareció la Marquesa, que tras de unos rosales había presenciado la escena... Es suyo, continuó, amigos honrados, y es suyo mi afecto y estimación. Hace tres años que habiendo ido Antonia á mi casa de campo á vender un canastillo de huevos, se encontró, bajo del emparrado que hay en la puerta, un bolsillo con dos mil reales, que se me había caído, y me lo entregó. Desde entónces concebí la idea de velar por la suerte de vuestra hija, y le encargué que todos los días, cuando concluyera de ayudar á su madre, me cosiera la ropa que yo le entregase. — Es verdad, señora, respondió María: un par de horas se ha ocupado en ello todos los días, pero habeis recompensado tanto mi pobre labor! — Escuchad hasta el fin. Cuando me llevó cosida la primera prenda, le dí un duro, que no quiso admitir sino á condicion de que le fuese guardando lo que ganaba, por si necesitaba un día socorrer á sus amados padres. Tan tiernos sentimientos hicieron correr mis lágrimas. Con efecto, cumpliendo sus deseos, le destiné un arquita, en la que he ido colocando los dos mil reales que se encontró, y

un duro por cada prenda que me ha cosido. Hace dos horas que la pobre niña entró en mi habitacion desconsolada, abrazándome, llorando, y me contó lo que os sucedia. Saqué su arquita, y contenia 3960 rs. Le añadí cuarenta, y se los metí en el bolsillo, viniéndome oculta tras de ella para gozar de la dulce emocion que sentís. — ¡ Ah, señora!... ¡ Bendita seais!... » Y toda la familia arrodillada la abrazaba. « No á mí, decía la bondadosa Marquesa, no á mí, á vuestra hija debeis este bien, ella lo ha conseguido por su virtud y laboriosidad. — ¡ Hija mia! ¡ Hija de mis entrañas! » repetia la madre inundándola de besos, ahogándola contra su corazón henchido de felicidad. José la besaba en la cabecita, y hasta queria saborear sus limpios y suaves cabellos; el padre, hincado de rodillas, mirando al cielo, decía loco de placer: « ¡ Alabada sea la Providencia, Dios mio! Hoy me vuelves á mi querido hijo José, y me das en mi hija un ángel de amor y de virtud. — Bendito sea el trabajo, padres míos; él sólo puede dar el contento que siento ahora. — Cierto, hija mia », contestó la Marquesa.

Es la mujer en la casa,
Cuidando de la familia,
Un ángel de salvacion
Que ofrece consuelo y dicha.

GABRIEL FERNANDEZ.





CAMINO DEL CRÍMEN.

Contemplad con horror esa escena : un padre que adora en su hijo se dispone á castigarle severamente porque acaba de encontrar en el bolsillo de la chaqueta del muchacho el dinero que á él le falta en el cajon de su mesa. El niño es un ladrón. ¿No os causa horror esta palabra?....

Justo es el castigo que el padre da al muchacho, porque ese robo puede ser el primer paso en el camino del crimen y del presidio, y el amante padre está en la obligacion de procurar por todos los medios corregir á su hijo, haciéndole comprender las consecuencias que puede tener su falta.

Compadeced al pobre padre que pasa por la horrible amargura de ver á su hijo cometer un robo, y odiad tan feo delito.



EL REY GOLOSO.

Habia una vez un rey que subió niño al trono: era buen chico, pero tan goloso, que todo el día se lo pasaba comiendo dulces. Su corte se componía de niños principales, que por adular á su rey y señor, se dieron de tal modo á la golosina, que no habia en aquella capital comercio más próspero y productivo que el de los confiteros. Pero ocurrió que el rey y sus cortesanos infantiles empezaron á ponerse malos, sufriendo unas indigestiones horribles, y hubo necesidad de poner al lado de cada confitería una botica. Los chicos se atracaban en la primera; iban luego á la segunda por la medicina, y despues á cierto lugar que me parece excusado decir.

Y sucedió que, á pesar de haber tantas boticas, los chicos se fueron muriendo y el mismo rey acabó sus días prematuramente.

El rey que le sucedió prohibió todo género de golosinas, y disminuyó la mortandad de muchachos, y éstos se criaron ya sanos y robustos.

Aplicad el cuentecillo y cuidadito con ser golosos.

EL TAPON DE LA BOTELLA.

(GUENTO, POR A. B. Y R.)

CAPÍTULO PRIMERO.

En una extensa pradera que ocupaba más de la mitad del jardín perteneciente á la morada del Sr. Melendez, dos niños hablaban con vivacidad y se entregaban á trasportes de alegría, motivada por la siguiente causa :

Durante el almuerzo, que acababa de terminar, el Sr. Melendez habia anunciado á su familia que una partida de campo, proyectada hacia largo tiempo, pero nunca llevada á cabo, ya por un motivo, ya por otro, iba, por fin, á realizarse. Se trataba de ir á una gran quinta que poseia un hermano de dicho señor y de pasar en ella tres dias enteros. Lo que debia completar la fiesta era que el hermano del Sr. Melendez se encontraba tambien allí con su mujer y sus cinco hijos.

Los del Sr. Melendez se llamaban Arturo y Laura, y son los que hemos presentado hablando alegrementemente en la pradera.

—¡Qué placer! decia Laura. ¡Vamos á ver de nuevo á nuestros primos y primas! ¡Cuán dichosa seré yo al abrazarlos y al conocer á nuestra buena Carolina, de quien mamá y mis tias hablan siempre, como de la mejor hija que se puede encontrar!

¡Ojalá fuera yo tambien citada como un modelo de juicio y de bondad!.....

—Adelantarias mucho con eso, replicó Arturo; estoy seguro de que si ella se hace querer tanto de sus parientes, sus compañeras, en cambio, la detestan con todo su corazon.

—¿No podré nunca, dijo Laura á su hermano, alabar á alguno delante de tí sin que inmediatamente le busques sus defectos? No has visto más que dos veces á Carolina, no has oido más que elogiarla, y, sin embargo, hablas mal..... Veamos, ¿por qué la acusas de este modo? Estoy segura, al revés que tú, de que sus compañeras la querrán mucho. Los malos y los envidiosos son los únicos que no aprecian á los que son buenos.

—Con que es decir..... replicó Arturo con cólera. Pero su hermana le interrumpió poniéndole la mano sobre la boca y abrazándole.

—Vaya, hermanito, dijo, no nos enfademos ni hablemos más de nuestra prima... Mañana la verás, y de seguro hablarás como yo..... despues que hayas pasado dos dias á su lado.

—¡Como que voy al campo, exclamó Arturo, para admirar las virtudes de mi respetable prima! ¡Otra cosa tendré que hacer! Papá ha di-

cho que no llevarémos libros ni cuadernos; todo el dia será, por lo tanto, mio, y te prometo que me siento dispuesto á emplearlo bien. Emplearé mis tres dias en correr á derecha é izquierda, por donde quiera..... En vez de un jardincillo como éste, del tamaño de la palma de la mano, donde no puedo dar un salto sin ser visto de todos, tendré delante de mí las tapias de la granja, los patios, los planteles, los campos..... Si tu Carolina cuenta conmigo para que escuche sus sermones, se engaña..... Con tal de que tampoco te los enseñe á tí, pues entónces me los repetirias todos los dias.....

Arturo terminó su frase con un salto, registró su bolsillo para coger su pelota, y no encontrándola, se acordó de que la habia dejado en el comedor.

Laura quedó algunos momentos pensativa. ¡ Pobre Arturo! pensó, no es un mal muchacho, pero tiene una vanidad insoportable que le hace decir y cometer mil extravagancias.

Laura tenía razon: Arturo no era de mal corazon, aunque sus acciones hubiesen dado más de una vez motivo para suponerlo. Miéntras que no se atacaba á su vanidad y á su amor propio era bueno, servicial y obediente; pero si en su presencia se alababa á otro niño, trataba de denigrarle como si fuera un malvado; si cometia una falta, para ocultarla dejaba acusar á un inocente. Sus padres habian tratado en vano de desarraigar estos defectos, así co-

mo el sacerdote que le preparaba para su primera comunión, pero su naturaleza vencía frecuentemente.

Una vez en el comedor, Arturo vió su pelota sobre la chimenea, la tomó y la hizo rebotar sobre el pavimento. La pelota, que era muy elástica, se elevó hasta el techo y cayó en medio de la mesa, rompiendo el tapon de una botella de cristal.

El primer movimiento de Arturo fué mirar en torno suyo para asegurarse de que nadie lo habia notado. No viendo á nadie, tomó la parte superior del tapon, y mojándola ligeramente, la colocó sobre la otra mitad que quedaba en la botella. Para ocultar mejor su desgraciado golpe fué á buscar en el aparador otra botella para colocarla sobre la mesa, dejando la rota en el sitio que ocupaba la intacta.

Pero no pudo hacer toda esta maniobra sin ocasionar un nuevo accidente; pues al colocar precipitadamente en el aparador la botella rota, tropezó con una sopera, desprendiendo completamente una de las asas.

Arturo, sin pérdida de tiempo, volvió la sopera de modo que disimulase, lo mejor posible, su nueva desgracia, y cerró las puertas del aparador.

Persuadido de que nadie le habia visto, tomó un aire de desenfado y fué á reunirse con su hermana, afectando una alegría que estaba muy distante del fondo de su corazon. Su inquietud era demasiado fuerte, porque no dejaba de conocer

que acababa de agravar una falta ligera en sí; pero procuró disimularla haciendo mil locuras en el jardín.

Pero es el caso, que mientras Arturo se apresuraba á cambiar las botellas, por delante de las ventanas del comedor pasaba casualmente el Sr. Melendez, quien no comprendiendo el movimiento de su hijo, se detuvo para examinar lo que iba á hacer, y para acabar de averiguarlo entró en el comedor en el instante en que Arturo salía por la puerta del jardín.

El padre abrió el aparador, pero todo estaba en orden; en la mesa nada había roto ni estropeado. «Es singular, se dijo, Arturo tenía un aire demasiado inquieto para no haber hecho algo extraordinario. ¿Qué es lo que buscaría en el aparador? Veamos todavía..... Y registrando con más atención, descubrió el asa de la sopera entre dos hileras de platos. Para alcanzarla le fué preciso separar la botella, y la mitad del tapon se cayó al primer contacto.

» Hélo aquí ya, se dijo: Arturo ha roto la botella que estaba sobre la

mesa, la ha reemplazado por otra, y en sus evoluciones ha desprendido el asa de la sopera. ¡ Siempre con sus astucias para evitar una ligera reprimenda! Esto bien merece una lección, y la tendrá.»

El Sr. Melendez no se dió por entendido al encontrarse con Arturo algunos momentos después.

—Y bien, le dijo, ¿vas á ser juicioso hasta mañana? No es mucho un día de formalidad para merecer tres de vacaciones y una partida de campo.

—Querido papá, dijo Arturo arrojándose á su cuello, ¡qué bueno eres y qué contentos estamos mi hermana y yo! La alegría nos vuelve el juicio y no sabemos lo que hacemos.

—Quizá digas más verdad de lo que piensas, exclamó el padre con un tono algo serio.

Arturo no replicó.....

—¿Sabrá algo mi padre?..... ¡Bah, qué niño soy! papá estaba en su gabinete, y aún cuando haya pasado por el comedor nada ha podido ver, puesto que he tomado bien mis precauciones.

(Se continuará.)



FRAGMENTOS MORALES.

LIII.

Quien por vengar su ofensa
Tal vez expone bienestar y vida,
Fama tendrá cumplida
De valiente, por toda recompensa.
Pero, si al ofensor perdon concede,
Virtud muestra y valor reconocido:
Virtud, por no vengarse cuando puede;
Valor, porque á sí mismo se ha vencido.

LIV.

Que todo lo puede el oro
Suelen afirmar los necios.....
Y en cama de oro padece
El hombre males acerbos;
Y junto á su arca que esconde
Millones cien en el seno
No compra una hora de vida
El moribundo avariento.

LV.

En la civilizacion
Por la que el hombre se agita,
La idea no necesita
Jamás de la rebelion.
Si su grandeza no enfrena
Y el triunfo violento ansía,
La idea triunfará un dia;
Pero no puede ser buena.

LVI.

No es el fin de la ciencia en nuestra edad
Deslumbrar á la necia multitud;
Su verdadero objeto contemplad:
La ciencia nos conduce á la verdad,
Y la verdad nos lleva á la virtud.

LVII.

¿Que amigos verdaderos
No existen, habeis dicho?
¿Y aún lo afirmáis?... Buscadles
Y los tendréis de fijo.
Yo sé de uno, que guarda
Tesoros infinitos,
Que advierte los errores
Que aparta los peligros.
Constante consejero,
Él os dirá al oido
Las faltas que os afean,
A fin de corregiros.
Él, cuando estais llorosos,
Por complacer solícito
Secando vuestras lágrimas,
Ahogando los suspiros,
Aumenta vuestros goces
Sin nunca compartirlos.
Amigo inseparable,
Lugar no da al fastidio,
Y le pegais y calla
Y nunca os alza el grito.
¿Quereis saber su nombre?
¿Si tiene mil distintos!
¿Qué amigo compararse
Puede á los buenos libros?

LVIII.

Sueña el poeta, y *la verdad* concibe,
El sabio la analiza y la demuestra,
El periodista luégo la describe;
Mas llega al mundo *la verdad*, se muestra,
Y el mundo con enojo la recibe.
Y así, reina proscrita, abandonada,
La verdad por el mundo despreciada
Recoger suele insulto tras insulto.....
Sólo el hombre de bien la rinde culto.

M. OSSORIO Y BERNARD.



DEL AMOR FRATERNAL.

DEBERES MUTUOS DE LOS HERMANOS.

¡Qué dulces, qué rápidos, son los momentos que los hermanos disfrutan en sus tiernos años, bajo la protección de sus ancianos padres.

(Chateaubriand.)

¡Un hermano!..... Es más que un amigo, es una parte de nosotros mismos: hay en él un sentimiento de afecto particular, que participa de la piedad filial, aunque con mayor libertad y ménos respeto. El hermano menor paga al mayor con su cariño la protección que éste le dispensa. Esta dulce igualdad que reina entre los hermanos, esta feliz intimidad, la costumbre de estar juntos, todo concurre á mantener en ellos la deliciosa armonía producida por la misma sangre, la cuna y el mismo género de vida. Esta simpatía es tan fuerte y tan natural, que hace sean muy raros los asesinatos entre hermanos, y si la historia menciona á Eteocles y Polinice, también nos muestra por otra parte dignos ejemplos, y la tierna unión de muchos hermanos.

El nombre de *hermano* excita en la edad madura los más dulces recuerdos, pues expresa la felicidad y la existencia de familia. El que tenga la desgracia de perder á los autores de sus días, ó de experimentar algunos reveses de fortuna, ¿á quién hallará capaz de mitigar sus penas, de consolarle y reanimar sus esperanzas sino á un hermano? Un hermano, se-

gun la expresión de un poeta, es un amigo dado por la naturaleza. Cuán digno de lástima es el que desconoce este dón precioso! ¿Dónde hallará un confidente mejor á quien confiar sus penas? Los hermanos primogénitos participan en cierto modo de los deberes de los hijos: sosteniéndose en el camino de la vida, deben amarse y auxiliarse mutuamente.

Para el primogénito es un deber, y al mismo tiempo un placer, el ser un *segundo padre* de los otros hermanitos, ayudarles, protegerles y darles buen ejemplo. Los más jóvenes deben recompensar estos desvelos con su afecto y reconocimiento. Los hermanos unidos forman una liga que resiste á los más poderosos esfuerzos; la familia prospera, porque trabajando de concierto dos hacen más que cuatro que trabajan separados. Si una pierna no ayuda á la otra, mal podremos andar ó trabajar. Ved la vivienda construida por todas las hormigas que se entienden y obran en comun y hacen un trabajo prodigioso. Dispersad en cambio á la familia, y no se verá otra cosa que miembros aislados y pobres.

Ténganse presentes estos benefi-

cios originados de la bendición que Dios concede á la union y afecto fraternal. Este afecto, que empieza casi con la vida, es uno de aquellos que deben sobrevivir á todos los demas si no se rompe violentamente por algun vicio ó por funestas disensiones, y áun en este último caso quedan los vínculos de la sangre que nada puede destruir y que pueden estrecharse tarde ó temprano. Si dos hermanos se encuentran despues de largas discordias, hay una fuerza interior que les inclina uno hácia otro, y si uno de ellos abre involuntariamente los brazos, el otro se precipita en ellos y sus dos corazones quedan unidos. ¿Cómo habian de resistir á los recuerdos de la infancia que se presentan de repente á su espíritu, los juegos de la primera edad, el hogar paterno, las caricias en el blando regazo de una madre y la indulgencia del padre que ha olvidado tantas faltas? Un accidente ó un obstáculo puede dividir por algun tiempo las aguas de un arroyuelo, pero así que se ven libres, su inclinacion natural las mueve á reunirse y correr juntas. Hay tanta más fe en el poder de los vínculos de la sangre, cuanto que hacen sentir su influencia áun entre parientes que están más distantes que los hermanos. Sólo el título de parientes da derecho al reconocimiento; pues parece que en una necesidad en ellos se ha de encontrar ayuda y asistencia, mirando los intereses como de familia. Así Dios ha

ordenado las cosas tan maravillosamente, que nuestro bien y prosperidad están siempre relacionados con el cumplimiento de nuestros deberes.

Los antiguos habian establecido la máxima de que era rara la concordia entre parientes, pero la máxima contraria es más verdadera en el dia. Los Caínes son muy raros, y cada dia van desapareciendo las antiguas enemistades de familia, originadas en la barbarie de los siglos pasados. Es una locura el romper con unos seres á los que se debe siempre estar unido. ¿A quién se ha de hacer bien si no se hace á un hermano ó hermana?... Que no cesen de mantener aquella mútua armonía que constituye su felicidad; que sean indulgentes; que eviten toda injuria, toda querella, toda disension entre sí. Lo que un hermano posee supérfluo, es el patrimonio de su hermano necesitado. Una hermana en el infortunio es casi una madre, y nadie puede oír con indiferencia la tierna voz de una hermana, de aquella amable, inocente y constante amiga de nuestra niñez. Cuando se ha mamado la misma leche y se ha dormido en una misma cuna; cuando la naturaleza ha impreso la semejanza en los semblantes y hasta en el alma, es difícil, es imposible aborrecerse. La amistad entre los hijos de un mismo padre no es una inclinacion cualquiera que seamos dueños de seguir ó no; es un precepto de la naturaleza.

J. M. BALLESTEROS.



VIDAS DE LOS SANTOS.



SAN MARCELO, CENTURION, MÁRTIR.

En el año 298 celebróse con extraordinaria pompa el nacimiento del emperador Maximiano, constituyendo parte muy principal de las fiestas los sacrificios á los dioses del Imperio. Marcelo, centurion ó capitán de la legion trajana, acampada entonces en España, se horrorizó de aquellas impías supersticiones, y para no tomar parte en las mismas, arrojó su casco al frente de su compañía declarando en voz alta que solamente de Jesucristo era soldado: de este modo arrojó sus armas y la vara que constituía el símbolo de su autoridad. Instruido del suceso Anastasio Fortunado, prefecto de la legion, ordenó que Marcelo fuera aprisionado, y una vez terminadas las fiestas le hizo comparecer ante su presencia pidiéndole explicara su conducta. Marcelo expuso los fundamentos de su conducta, pero Fortunado, manifestando que no podía disimular semejante temeridad, se dispuso á

informar de ella al Emperador, enviando mientras tanto al centurion bien guardado al vicario del pretorio Aurelio Agrícolas, que residia en Tánger (Africa).

Agrícolas le preguntó si era cierto lo que constaba en la carta del jefe, y habiéndolo confesado, Marcelo fué condenado á muerte como reo de desercion é impiedad, siendo decapitado en 30 de Octubre. Casiano, notario del tribunal, se negó á escribir la sentencia pronunciada contra el mártir y arrojó á tierra las tabletas. Agrícolas le preguntó furiosamente qué causa tenia para obrar de aquel modo y Casiano contestó con entereza:

— «Por que la sentencia que habeis dictado es injusta.»

Aprisionado é interrogado á su vez, alcanzó tambien por su firmeza la palma del martirio, siendo decapitado el 13 de Diciembre del mismo año.